

Carta a mi alumno (a 26 años de dejar de verte)

Hola, Héctor. Hace tantos años que te conocí que difícilmente me acuerdo del sonido de tu voz, solo recuerdo tu andar tambaleante, el tono quebrado de un sonido parecido a las palabras, era un sonido bajo, tembloroso, apenas audible, pidiéndome permiso para entrar a la clase.

Yo sabía que venías drogado, con el valor que tomabas de algo llamado «activo»; una mona escondida entre tus ropas y las ganas arrastrando por los suelos. Pero; extrañamente, mi materia y hablar de valores era lo que te gustaba. Me decías, «¡qué bonitos temas, maestra!» y yo tomaba tus manos desesperada por tratar de transmitirte mi deseo de que dejaras de drogarte, te lo llegué a decir, ¿te acuerdas? «Héctor, ya no lo hagas, tú eres alto, fuerte, inteligente, guapo, eres joven; tienes una vida enorme delante de ti, lucha por un lugar en la universidad y por ser un profesionalista para que después tengas un trabajo que te permita ganar dinero suficiente y sacar a tu mami de esa casa, para que tus hermanitos y tú tengan un mejor futuro y les enseñes que a pesar de las circunstancias se puede salir adelante», a lo que tú respondías haciendo una mueca que mostraba tristeza aunque a mí me parecía más de terror, solamente me decías «¡Sí, maestra! Eso es lo que quiero, pero en verdad no puedo».

¿A qué le tenías miedo? ¿A quién le tenías pavor? Nunca quisiste hablar de eso y yo tenía que respetar; me alejaba de tu grupo por tener que ir a dar otra clase, me alejaba nuevamente de ti, frustrada, entristecida, sin tener a quien acercarme para pedir ayuda para ti. Tuve una enorme sorpresa cuando dos meses antes de finalizar tu sexto semestre me presentaste a tu novia, te vi diferente, te escuché alegre, optimista, vi en tus ojos un brillo especial, creo que era amor. «Maestra, le presento a mi novia Betty, ¿a poco no está bien bonita?», me dijiste y mi corazón se hinchó de alegría y volteé a verla, en ese momento, supe que estarías bien o quise creer que así sería; pero la droga, la maldita droga, y las malas compañías que no dejaron que te libraras de ella. Me enteré que el miedo que tenías era a tus malas compañías. Entraste en un grupo que tenía muchas puertas de entrada, pero solo una de salida. Ellos te amenazaban y nunca

entendieron o no quisieron entender, que Betty era la niña más linda que tus ojos podían haber visto, eso decías siempre, que encontraste en ella un refugio y liberación a tus problemas.

Tus supuestos “amigos” te engañaron diciéndote que lo hicieran una vez más en grupo, una última vez todos juntos, como antes, como los carnales que eran, tú con miedo en el corazón lo hiciste; y sí, fue la última vez. De nada sirvieron los primeros auxilios que los paramédicos quisieron brindarte, los tanques de oxígeno, los sueros y los tubos que te pusieron. Tampoco las enfermeras y los doctores pudieron traerte de vuelta, Héctor. Consumiste tu última droga, te fuiste de este mundo sin saber que Betty te iba a dar un bebé hermoso, te fuiste sin saber que tu mami por fin dejó a tu papá que le pegaba, te fuiste sin saber que tus hermanos, hoy, en honor a ti, son estudiosos. Te fuiste sin saber que, por ti, yo quise convertirme en orientadora para poder encontrar las palabras adecuadas para poder ayudar a jóvenes, que, como tú, no tienen a alguien que les pueda apoyar.

Ojalá, hace años hubiera tenido el contacto con los Centros de Integración Juvenil, al que he mandado alumnos que, fíjate, regresan con un carnet de citas. No sé realmente que cambios hacen en ellos, pero después de un tiempo son otros, quieren seguir estudiando, se han titulado y siguen estudiando. Extrañamente, ellos han elegido carreras del área humanística. Ahora sé, con este paso de los años, que lo único que hace falta en los jóvenes es alguien que se interese en ellos, alguien que les tenga verdadera fe y alguien que los centre en la realidad.

La vida no es sencilla mi niño, pero esas cosas difíciles, son las que más se disfrutan después; por el esfuerzo que ponemos al llevarlas a cabo, por el amor con que las realizamos y por la paciencia que tenemos al ejecutarlas. Héctor, ojalá que no te hubieras ido, creo que hubieras sido un muy buen psicólogo o un excelente Orientador Educativo.

¡Ah! por cierto, olvidaba decirte que ahora, Betty, es trabajadora social.

Atentamente: Maestra Norma Robles Zunzunegui (tu maestra Normita).